

Martín Rodríguez-Gaona

De Madrid, línea circular

SEAN DIGNAS DE UN CÓNsul LAS SELVAS

Mira el mundo vacilante bajo el cóncavo peso.

VIRGILIO

Silencio petrificado, grises ecos, anuncios de un neón
evanescente

quebrando la arquitectura modernista,
impartiendo calma desde altas cúpulas
al final de la Gran Vía.

Eso depende de cómo se mire. Balcones
y ventanas de las que nadie observa
desafían, ordenan. La inmigrante coreana y aquella
aprendiz de modelo

sueñan lo mismo: una flor amarilla.

Los signos marcan espacios geométricos
sólo al ojo que escruta

un aire pesado y blanco. Las tres y escapa
esta madrugada de violencia, drogas y amor.

Tiempo detenido e inmenso para una calle
sin nombre, que juzgas ajena o vacía.

La oscuridad dispone qué cantará mañana
otra rauda sucesión de sombras.

SUEÑO DE UNA AMIGA QUE DICE
QUE ESTA CIUDAD ES MUY RUIDOSA

Encerrados en un túnel transparente
pasamos nuestra vida. Nuestro túnel
se entrelaza con algunos túneles
en los que se encuentran los demás.

Nos agotamos
en leer sus labios, nuestras caras y manos
pegadas inútilmente a las paredes.

La sombra de un sueño: atrevernos a abrir
esas escasas y complejas escotillas.

Ya lo hicimos alguna vez, a riesgo
de perder oxígeno
y energía y debilitarnos sin remedio.
Por eso las escotillas dejaron de ser
una esperanza
y hoy sólo anuncian otra mala tentación.

EL CIEGO OFRECÍA LA SUERTE
COMO SI DE ESO SE TRATARÁ

Jueves, 8:30, una hora menos en Canarias.
Desde alamedas y torres otra tarde se acaba.
Compras un número para esta noche
y la del sábado,
aquella cifra
son seis dígitos que abren puertas
setenta veces siete: viajes en primera a Egipto
y Sri Lanka,
un Mercedes deportivo color de oro,
aquel paseo por carreteras infinitas,
no vivir con tu familia,
la promesa de que quien te da la mano
dejará al fin de soñar
con un tesoro.

Pronto llegarás a donde alguna vez estuviste.
En la puerta de un Sex-shop, una anciana vende
La Farola.
El inmigrante se acerca, cuenta unas monedas.

FINAL DE LA JORNADA: ATOCHA RENFE

Nadie puede decir qué hora es. Sólo el ojo
y su frío fluir digital. La luz aplasta.
Maletines, bolsas, mochilas: El duro trabajo
de transportar la nada.

Haces rojos
hienden la vista al recorrer
la arquitectura.
Un parpadeo –escaleras,
túneles, pasadizos– todo
es gris.

A dónde van a dar tus pasos,
cuánto silencio retumba en la asepsia
de estas paredes.

En los alrededores se escucha
aquel amor que canta en tiempos difíciles:

Murmullos entre cajas de cartón.

AQUEL DIOS CUYO NOMBRE ES LEJANÍA

*Un jubilado convence gritando:
Tendremos que tomar medidas.*

El botellón en la mano y oscuras chupas de cuero:
Intentan olvidar un barrio de protección social,
el paisaje naranja, los edificios repetidos, nuevas
áreas verdes
dispuestas al compás de inmensas autopistas,
quién sabe cuál conduciendo hacia el dolor.

La noche en que llegaron buscabas sólo
aventuras de cine, la periferia en el centro,
un lugar para tu viejo automóvil junto al cruce
entre la calle del Barco y la del Desengaño.

*Mira al cabrón,
cómo está dándole: mancha la sangre tío,
qué roja la tiene, mola
mucho más que en la pantalla.*

No hay razas ni gente bella, sólo el rencor
al saberse utilizados. Muchachos de casacas negras,
tatuajes, pendientes en las fosas nasales,
audífonos en las orejas, heridas
en el corazón.

EN LA ESQUINA DEL PASAJE COMERCIO
Y LA CALLE TRES CRUCES

Puedes ser lo mejor del mundo,
tener pegada y rapidez
pero esos golpes, una vez que entran,
nunca más salen
y has estado en feroces intercambios
cuyas huellas
humedecen hoy en día
las cuerdas y el cuadrilátero.

No hay amistad, no hay amor,
sólo la lucha entre quienes aprenden
las leyes del juego
y la nostálgica admiración
de aquellos que quedaron fuera.

DIOS ES UN DEEJAY Y APENAS BAILA
SU PROPIA MÚSICA

Carteles de los años veinte, versiones
recién bajadas y distintos compañeros de piso.

Comparten conciertos –Rufus Wainwright,
Franz Ferdinand,

La Habitación Roja– que, como una voluta de humo,
ponen en marcha el desfile habitual
de colores espontáneos, bien definidos.

Los amigos preparan bebidas intensas
con hierbas aromáticas y azúcar.

Mirando postales y fotografías de ciudades
hoy lejanas, celebran nacimientos, contratos por obra,
amores canallas.

No tienen corazón para decirle a sus padres
que la guerra continúa y nuevamente
están muy cerca de los que han perdido.

ESO QUE LLAMAS LIBERTAD FUE UN LAPSO
QUE DURÓ APENAS POCO MÁS DE UN SIGLO

*Da igual de qué lado estuvieron tus muertos, hoy
sólo queda escuchar la música*

La primera función fue de Charleston, cuando la máquina
y París se disputaban el centro.
Años después alguien inventó a los jóvenes, en medio
de un viaje con LSD que pasó por Tánger y Machu Picchu,
escenarios de cartón para las hondas exploraciones
de la píldora anticonceptiva,
mientras, en Newark, moría gente de color. Los últimos,
God save the Queen,
simpáticos y efímeros, ya no querían nada
con las letras: fueron la obra de uno que nunca
creó, con la oportuna intrepidez amable
del provinciano,
y cuyo punto máximo fue el chico de la melodía dadá
que cosió de diecisiete
puñaladas a su chica: *ruidosa multitud,*
animal sin rostro ni futuro. Después hicieron
una película,
que ni siquiera postuló a los Oscar,
con actores también olvidados.

Ésta es la historia de lo que, sin dejar
de esconder tu alivio,
pronto dejarás de ser. Esto eres tú,
hoy que la historia no se debe contar.

AYATAKI: EN LA QUIETUD CELESTE AZUL

Parque del Retiro, sentados junto al estanque
en una mañana soleada: la música de los Andes
bajo el cielo de Castilla.

Patines y bicicletas cruzan las miradas
de quienes disfrutan del domingo. Imágenes
que, hace no mucho, intrépidos iban a buscar
a Sacre-Coeur o Hyde Park.

Fin de un milenio:

Felipe IV, estudiando su jardín privado
no lo reconocería, aunque tal vez
gustase saber que aquí estuvo
Luis Cernuda y que, a su manera,
él defendió las causas
que su majestad representaba.

Las familias que hoy llegan
hacen lo mismo que las que allí estuvieron
hace treinta años,
y es posible que como Cernuda,
como un rey,
disfruten del sol y la diversidad
que la luz respeta
al tocar a todos por un mero instante
y hacerles brillar.

RETRATO CON VELO NEGRO

Su imagen caminando
tan increíble y segura
—quemaba nuestro corazón—
dando pie
a la pintura de Andy
“Es fantástica” exclamó.
“Es, sin duda,
lo mejor que ha hecho”.

Llegó el cheque. Un paseo por el banco y las tarjetas están listas. Al fondo, círculos multicolores cobran vida, respiro un delicioso olor a plástico nuevo, la música de ascensor me redime de los murmullos transportándome hasta las vitrinas. Un llavero no está mal para empezar el día.

Todos esos años
diseñando anuncios de calzado
para Henri Bendel y Bonwit Teller.

Allí estaba Andy Warhol,
lamiendo mis zapatos
con su pequeña y roja
lengua.

Fue grandioso.
Andy tenía una aproximación
frágil y delicada
para el sexo.

Palabras de luz. O, al menos, así me parecieron las líneas iniciales del primer relato que publiqué en la revista NOX de la Universidad de Lima. Por aquellos tiempos, el Taller de Literatura lo conformábamos Gastón Agurto, Jackie Fowks, Charo León, Gabriel Prado y Beto Ortiz. Escritores de culto: triángulos amorosos en un círculo de cuatro gatos. No estoy seguro de lo que aprendí, pero la sorpresa de qué tan pronto –y fácilmente– desapareció un grupo en apariencia indisoluble, permanece. O, como años después me diría uno de estos amigos, en una conversación furtiva y a raíz de una crisis: ‘La gente baja en cualquier estación, y no tiene que pedirte permiso’.

Keith Haring muere
de la enfermedad inexorable
el 16 de febrero.

Emulando a Andy Warhol
atrajo la atención de la prensa
a inicios de los ochenta,
creando eventos
como la decoración del escenario
de la exclusiva discoteca
Palladium de Nueva York.

El artista del grafitti,
cuya carrera en Europa
y Estados Unidos
había sido impresionante,
tenía 31 años.

6:15. Otro día de distracción suburbana termina. No muy productivo, por cierto. La cámara casi sin film. Quisiera tomar una foto a esas niñas descalzas que limpian las alfombras cuando todos se van. ¿Eran más o no estas líneas? Nunca más cerca de la parodia o el homenaje, escribía negando arte y artista. Y si hoy están aquí, no es por temor a envejecer –eso lo entiende cualquiera– sino que antes, al ignorar el dolor, las cosas simplemente sucedían. El día era ligero y había menos, menos que perder, sí, pero también menos que entregar. Y sin embargo... yo no tengo que irme, yo no tengo prisa, yo tengo risa de mi prisa.

El 12 de agosto
Jean-Michel Basquiat,
de 28 años,
muere por una sobredosis
de heroína
en su ático
del East Village.

En su breve vida
Basquiat expuso sus obras
prácticamente en todos
los rincones del planeta.

El obituario del Village Voice
lo calificó como negro,
adicto a las drogas
y genial.

En sus comienzos
el artista firmaba los grafittis
con el seudónimo SAMO—

Siglas en inglés para
'La misma mierda'.

En esta época yo tenía cierta debilidad por los esclavos: Wojtilla y Warhol. Aunque sólo el último influiría directamente en mi creación: *Es el tipo de mujer que abrazas con miedo a que salga disparada como pasta dental*. Puedo aún recordar algunas máximas de su devocionario: 'Una Coca-cola es una Coca-cola, y no hay cantidad de dinero en el mundo que pueda darte una mejor que la que está bebiendo el vago de la esquina'. Poco después llegaría una joven de Detroit —17 dólares y dispuesta a que la miren en Nueva Cork— y todo fue rápidamente olvidado.

Valerie Solanas, protagonista
de *I, a Man*,
y fundadora de SCUM (Escoria),
movimiento feminista
de un solo miembro,
desenaja dos balas en el abdomen
del artista de 41 años.

Los médicos otorgan
50% de probabilidades
de supervivencia.

“Tenía demasiado control
sobre mi vida”

Algo a lo que me resisto, como quien ha perdido al hombre más importante de una nación. Y en esa pesquisa, un estertor sube y veo mis manos en un carmesí vibrante. *Se aproximan hacia mí, trato de evadirlos, maldita sea, casi me rompen la cámara.* Después, aparece el sentido, saludo, y las cosas son como son. A pesar de las preguntas, nos fuimos habituando a esa nunca del todo aclarada diáspora —el oscuro y largo tramo que debe tomar un cuerpo para ser— y terminaremos también por acostumbrarnos a existir antes o después de lo que mañana llamarán noticia.

The Factory: 33 Union Square West,
al noroeste del Greenwich Village.

Muchos de los lienzos
son producidos por asistentes
reclutados
entre los habituales merodeadores.

Las Obras Maestras
no se conciben
en lugares de ensueño.

Antes de que pueda decir nada, click, lo tengo, es mío. No sé qué murmura la mujer que estaba detrás, pero su cara aún no cambia. Visto de otra forma, en verdad nada ha cambiado. Aunque sólo en días de guardar, seguiremos soñando con esa gran película que al fin exceda en comida, sexo y vino. Y yo tampoco haré caso a mi madre, saldré a la calle para hablar tonterías. *Me alejo. Ahora necesito un rostro femenino, el de una mujer, y esto es muy difícil.* Buscando alguien que muera a mi lado, y que lo sepa agradecer.

En LSD

 e imitando a Nijinski,
Freddie Herko,
estrella de la película *Haircut*,
se suicida saltando al vacío
desde el sexto piso de un apartamento
 en Cornelia Street.

“¿Por qué no me lo dijo?”,
 comentó Andy. “Sabía
que iba a rodar
otra película”.